

La Mañana.

Ya se asoma la cándida mañana
Con su rostro apacible: el horizonte
Se baña de una luz resplandeciente,
Que hace brillar la cara de los cielos.

Huyen como azoradas las tinieblas
A la parte contraria. Nuestro globo,
Que estaba al parecer como suspenso
Por la pesada mano de la noche,
Sobre sus firmes ejes me parece
Que le siento rodar. En un instante
Se derrama el placer por todo el mundo.

¡Agradable espectáculo! ¡Qué pecho
No se siente agitado, si contempla
La milagrosa luz del almo día!
Ya comienza á volar el aire fresco,
Y á sus vitales soplos se restauran
Todos los seres que hemnosean la tierra.
El ámbar de las flores ya se exhala
Y suaviza la atmósfera: las plantas
Reviven todas en el verde valle
Con el jugo sutil que les discurre
Por sus secretas delicadas venas.

Alegre la feraz naturaleza
Se levanta risueña y agradable:
Parece cuando empieza su ejercicio,
Que una mano invisible la despierta.
Retumban los collados con las voces
De las cantoras inocentes aves:
Susurran las frondosas arboledas,
Y el arroyuelo brinca, y mueve un ronco
Pero alegre murmullo entre las piedras.
¡Qué horas tan saludables en el campo
Son éstas de la luz madrugadora,
Que los lánguidos miembros vigorizan,
Y que malogran en mullidos lechos
Los pálidos y entecos ciudadanos!
Todo excita en el alma un placer vivo,
Que con secreto impulso la levanta
A grandes y sublimes pensamientos.
Todo lleva el carácter estampado
De su hacedor eterno. Allá á su modo
Parecen alabar todos los entes
La mano liberal que los produce.
Todo se pone en pronto movimiento:
Cada cual de los simples habitantes
Comienza su ejercicio con el día.
Tras su manada de corderas blancas
Leda la pastorcilla se entretiene,
Tejiendo una guirnalda, que matiza
De varias flores para su alba frente.
El vaquero gobierna su ganado,
Que se dilata en el hermoso ejido.
El labrador robusto se dispone
Para el cultivo del terreno fértil.

Voime al sembrado que la providencia
Con su invisible diestra me señala:
Sufriré el sol ardiente; pero alegre
Con los fructos sazones y abundantes
Que los sulcos me dan que beneficio.
Apagado el bochorno de la tarde,
Me volveré á mi choza apetecible,
Morada de la paz y de los gustos,
Donde mi esposa dulce ya me espera
Con sus brazos abiertos: mis hijitos,
Después de recibirme con mi fiestas,
Penderán de mi cuello: ciertamente
Que vendré á ser entonces como el árbol
De que cuelgan racimos los más dulces.
¿Y de trocar entonces mi cabaña,
Aunque estrecha y humilde, por el grande
Y soberbio palacio, donde brilla
Como el sol en su esfera un señor rico?
Pisando alfombras con relieves de oro?
Nada menos. Tampoco este instrumento,
Este instrumento rústico y góscro,
Bienhechor, que me dá lo necesario
En todas las urgencias de mi vida,
Por el cetro brillante que un monarca
Empuña con su diestra poderosa.
No cabe el gozo dentro de mi pecho;
Ni de alabar me canso en la mañana
Al padre universal de las criaturas,
Que miro con esa luz madrugadora.
Sin dejarlo de ver en las restantes
Producciones tan grandes de su seno.
¡Oh cuántas! ¡cuáles son! ¡y qué admirables!

Pero ninguna como el alba hermosa,
Que parece que á todos les dá vida,
Enviándoles la luz de su semblante.
¡Oh, risa de los cielos, y alegría
De estos campos felices! Precursora
De los rayos del sol, yo te saludo.
Las frescas sombras, las campiñas verdes,
Las fuentes claras, los favonios blandos,
Las aves dulces y las doros tiernas
Te saludan también allá á su modo.
Su faz hermosa la naturaleza
Sacar parece del sepulcro ahora:
Todos sus entes cobran nueva vida
A tu presencia dulce y agradable.
Corren las fieras á sus cuevas hondas,
Brincan las cabras, los corderos balan,
Llaman las vacas á sus becerrillos,
Mugén los toros, y responde el eco,
Que sale de los montes retumbando.
Los pastorcillos, y las zagalejas,
Sonoros himnos canten al eterno
Autor que baña tu semblante hermoso
De tan alegre luz por la mañana.

SUEÑO ALEGORICO

CANTO EN OCTAVAS.

Quando dormimos pasamos
á un nuevo mundo que algunas
veces (siendo todo ideal,
y una simple representación
del que habitamos) nos ofrece
nuevas ocasiones de reflexio-
nar sólidamente nuestra al-
ma, que siempre está en ejer-
cicio.

CARACCILO EN EL GOZE.

I.

Ya que la fuerza de mi edad lozana
Con treinta años de peso se rendía,
Hallábame en la corte mexicana
Enfermo de mortal hipocondría:
Entonces una noche más temprana,
Y más triste que nunca, parecía
Arrojarme del sueño á los umbrales.
Porque viera un enigma de mis males.

II.

Entrame en unos huertos deliciosos,
A quienes Priapo ve con blando ceño,
Frescos, alegres, verdes, olorosos,
Y última prueba de su autor el sueño:
De sus bosques espesos, pero hermosas,
Al paso me salieron, ¡dulce empeño!
Dos ninfas que me ponen en sus brazos,
Cual incauta avecilla en muchos lazos.

III.

Portaba un canastillo la primera
De frutos los más gratos y sazones:
Brindóme de ellos para que comiera
Con estilo que vence corazones:
¿Quién habrá que resista á una hechicera
Tan dulce en sus políticas funciones?
Brindóme ¡ay cielos! y á la nueva instancia
De sus frutos comí con abundancia.

IV.

De rubio néctar una copa bella
La segunda á los labios me llegaba;
Mas en influjo de benigna estrella
Su poder y mi ruina me anunciaba:
Temeroso resistome; pero ella
Como toda razón atropellaba,
Dióme vino á beber, que sin disputa
De mi vergiienza fué letal cicuta.

V.

Cuando por una verde celosía
Asómase otra ninfa á mis recreos,
Que con el fuego que en su rostro ardía
Abrasa la región de los deseos:
Sale: dame la mano... ¡suerte mía!
Este sí fué el mayor de mis trofeos,
Pues la expliqué mi amor, y en el instante
Se asomó la sonrisa en su semblante.

VI.

Arroyos de cristales derretidos,
Y cantares de dulces risueños
Suavemente embargaban los sentidos
En lecho blando de mullidas flores:
Los tiempos lamentábanse perdidos,
Cuando á estorbar de Vénus los amores
Aparécese un viejo, y dando un grito,
Llena de espanto todo aquel distrito.

VII.

Huyen las Circes, como del sembrado
Se levantan las aves al estruendo
De la piedra que la honda ha disparado:
El risueño pensil vuélvese horrendo:
Ya el anciano su brazo ha levantado...
Dame un golpe, y del éxtasis volviendo
Mis vicios huro; pero luego canto
Lleno de gusto el desengaño santo.

IDILIO.

LA ZAGALA EN EL BOSQUE.

Fronroso bosque, cuya fresca sombra
Mis perdidos alientos restauraba,
Cuando de tierna grama en verde alfombra
Un pérfido pastor me acariciaba,
Todo el tiempo lo acaba....

¡Ay Silvio, Silvio, Silvio ingrato dueño!
Puesto que ya sacudo el fatal sueño
De prolongados años
Que entretuve el amor en tus engaños,
Es fuerza que despierte,
Y que vea en adelante de otra suerte.

De este modo una bella zagaleja,
Cuando de Silvio cruel triste se queja,
Del alma abre los ojos,
Y alivia los enojos,
De un amor ofendido; concluyendo
Con aquestos renglones
Que en el tronco de un árbol va escribiendo
Para alivio de incautos corazones.

Zagala, tu amor contén,
Si lo quiere algún zagal,
Pues si Silvio pagó mal
¿Quién habrá que pague bien?